

De ganados y trigales en humedales y páramos. Costumbrismo, paisajes agrarios e historia ambiental en la Sabana de Bogotá, siglo XIX

KATHERINNE GISELLE MORA PACHECO*

INTRODUCCIÓN

DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XIX, las cálidas vertientes andinas y el valle del río Magdalena en el actual territorio colombiano, fueron objeto de expansión agrícola para el cultivo de productos de alta demanda internacional como el tabaco, la quina, el algodón, el añil y el café. Al mismo tiempo, los intereses de modernización económica, comunes en Latinoamérica, tanto en estas zonas como en los altiplanos andinos más densamente poblados a más de 2 000 metros sobre el nivel del mar (msnm), impulsaron proyectos que transformaron significativamente la relación sociedad-naturaleza. Entre éstos estuvieron: la desecación de pantanos para mejorar los caminos; contribuir a la higiene con la disminución de las que se creían eran las causas miasmáticas de las enfermedades; reemplazar la ganadería por la agricultura; la importación de razas ganaderas europeas que prometían mayores rendimientos de carne y leche y requerían una estabulación no acostumbrada; la introducción de maquinaria agrícola en las zonas donde la topografía lo permitía.

Estas dinámicas decimonónicas han atraído el interés de varios de los historiadores ambientales colombianos.¹ Sin embargo, el campo apenas se está labrando y, con frecuencia, se encuentran obstáculos relacionados con la dispersión o multiplicidad de fuentes, ya abordadas en parte por otras formas de hacer historia, pero a las cuales se le deben formular nuevas

* Dirigir correspondencia a la Escuela de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Avenida Central del Norte 39-115, Tunja, Colombia, tel. (57) (8) 7405626, exts. 2481 y 2482, e-mail: katherinne.mora@uptc.edu.co.

¹ Véanse por ejemplo FLÓREZ MALAGÓN, 2008; PALACIO, 2006; PALACIO (ed.), 2008; DELGADO ROZO, 2015; MORA PACHECO, 2016.

preguntas respecto a la relación sociedad-naturaleza. Entre tales fuentes, se encuentran las novelas y cuadros de costumbres,² que pretendieron hacer descripciones detalladas de la población en cuanto a los lugares que ocupaban, sus tradiciones, hábitos o actividades. Aunque estos temas ya se identificaban en las representaciones que a finales del siglo XVIII hicieron los miembros de la Expedición Botánica a la Nueva Granada, y en algunos textos producidos en las décadas de 1830 y 1840,³ la multiplicación de representaciones textuales y visuales costumbristas se produjo desde 1850, cuando la Comisión Corográfica recibió la tarea de describir el territorio y sus pobladores. Parte de los resultados de la Comisión se tradujeron en textos e imágenes costumbristas;⁴ en otros casos, la fuente de los costumbristas fue la misma experiencia. Esta expansión del costumbrismo era además parte de una tendencia común en el proceso de formación de las naciones hispanoamericanas⁵ e inspirado en los modelos de literatura de costumbres publicada en Inglaterra, Francia y España.⁶

Qué tanto los literatos colombianos de la segunda mitad del siglo XIX pueden catalogarse como costumbristas, es un asunto en discusión. Se ha enfatizado en el límite difuso entre el costumbrismo, el realismo y el romanticismo, por lo cual no se trataría de una corriente literaria, sino de un movimiento expresado en múltiples géneros literarios y gráficos.⁷ También se ha objetado la adopción en el mundo hispano del rótulo “cos-

² Definidos como textos breves y muy detallados, carentes de trama argumental, que buscaban recrear “la pintura filosófica o moral de la sociedad, en tono humorístico, irónico (a veces sarcástico) o didáctico [...], pero siempre con el propósito de reformar dicha sociedad y con miras al entretenimiento” (CRISTINA, 1996, p. 103). Los principales temas de los cuadros fueron la representación de tipos humanos (razas, profesiones y oficios), actividades agropecuarias, bailes y fiestas populares, comidas típicas y paisajes (CRISTINA, 1996, pp. 103, 104; GORDILLO RESTREPO, 2003, p. 49). Los lugares con mayores registros literarios fueron los alrededores de Bogotá, las zonas de vertientes andinas y el valle del Magdalena hacia donde avanzaba la colonización agrícola, y aquellas donde se produjeron bonanzas productivas como el nororiente de Santander y el noroccidente de Antioquia. LÓPEZ RODRÍGUEZ, 2013, pp. 32, 33.

³ REYES, 1988, p. 182.

⁴ CORTÉS GUERRERO, 2013, p. 14; CRISTINA, 1996, p. 101; GORDILLO RESTREPO, 2003, p. 48; LÓPEZ RODRÍGUEZ, 2013, pp. 29-34; DER WALDE, 2007, p. 248.

⁵ GORDILLO RESTREPO, 2003, p. 48.

⁶ *Heads of the people or Portraits of English* (1838-1842), *Le Français peints per eux-mêmes Encyclopédie morale du dix-neuvième siècle* (1840-1842) y *Los españoles pintados por sí mismos* (1843). Véase CORTÉS GUERRERO, 2013, p. 15; CRISTINA, 1996, pp. 102, 103; LÓPEZ RODRÍGUEZ, 2013, p. 103.

⁷ CRISTINA, 1996, p. 104; GORDILLO RESTREPO, 2003, p. 37; REYES, 1988, pp. 202, 203.

tumbrismo” como una mala traducción de los términos franceses *moeurs* y *coutumes*, que llevó a la clasificación incorrecta de obras que más bien pertenecían al realismo.⁸ Aunque se tienen presentes estas salvedades y se invita a ampliar las investigaciones al respecto, para efectos de este artículo se denominarán como costumbristas autores y obras que tradicionalmente han recibido ese apelativo desde la literatura y la historia. Se tiene en cuenta además la clasificación de la época, que hizo José María Vergara y Vergara,⁹ como compilador de textos muy heterogéneos, considerados costumbristas por describir paisajes, gentes, prácticas sociales y políticas.¹⁰

Los llamados costumbristas pertenecían a los sectores privilegiados de la sociedad, en su mayoría letrados urbanos que se movían dentro de los círculos del poder.¹¹ Muchos eran miembros de familias de hacendados o comerciantes, con suficientes recursos para dedicarse a escribir, o dependían de profesiones alternas a la de literato, como la medicina, el derecho o la política, pues el reducido mercado de impresos no era garantía de sustento.¹² Fueron excepciones por su dedicación principal a la pluma, los casos del periodista e historiador José María Vergara y Vergara; el pintor e historiador José Manuel Groot; el profesor y filósofo Ricardo Carrasquilla; el agricultor y comerciante Eugenio Díaz; el hacendado, pedagogo, gramático y presidente de Colombia (1900-1904) José Manuel Marroquín.¹³

La representación visual y textual de la vida social que estos autores hicieron, con frecuencia ha sido asumida como descripción literal y apegada a la realidad (pretensión que ellos mismos tenían), al punto que se toman como relatos etnográficos objetivos, pasando por alto su ideología, intereses y tintes de ficción en la redacción de sus textos.¹⁴ Sin embargo, en

⁸ RODRÍGUEZ ARENAS, 2011, p. 39.

⁹ Escritor, periodista e historiador bogotano. Se desempeñó en varios cargos legislativos y ejecutivos entre 1858 y 1861, en gobiernos del liberalismo radical, pero catalogado como conservador por su defensa de la herencia hispánica y del catolicismo. Se encargó de la gestión para crear la Academia Colombiana de la Lengua y fue su primer director. Fue autor de la *Historia de la literatura de la Nueva Granada*, creador de varios periódicos, cofundador de la tertulia literaria El Mosaico y la publicación del mismo nombre y compilador de *Museo de cuadros de costumbres*. PÉREZ SILVA, 1996, secc. Vergara y Vergara.

¹⁰ DER WALDE, 2007, p. 248; LÓPEZ RODRÍGUEZ, 2013, pp. 77-79.

¹¹ ARÉVALO, 1988, p. 14; CORTÉS GUERRERO, 2013, p. 31; DER WALDE, 2007, p. 245.

¹² BROWN, 1995, p. 5

¹³ DER WALDE, 2007, pp. 243, 244.

¹⁴ LÓPEZ RODRÍGUEZ, 2013, pp. 30, 36, 85, 111, 278.

todas sus variantes, los textos costumbristas, más que descripciones, eran medios para transmitir lecturas y juicios sobre el pasado, ideales sobre el deber ser de la sociedad, lecciones moralizantes o condenas sobre procederes y hábitos, y vehículos para homogeneizar y educar a la población¹⁵ o para que la élite se desmarcara del “pueblo bárbaro”.¹⁶ Las obras costumbristas están permeados por la discusión decimonónica sobre civilización y progreso, con textos producidos desde diferentes intereses, que variaban de escritor a escritor, pero en los que pueden reconocerse dos tendencias: de un lado, estaban quienes querían registrar para la posteridad oficios y costumbres que consideraban condenados a desaparecer, mostrar el estado de barbarie de ciertos grupos, principalmente campesinos e indígenas, o resaltar obstáculos para el avance de la civilización; de otro, quienes añoraban el pasado, reivindicaban la herencia colonial y condenaban la forma como los avances técnicos y la influencia cultural externa estaban acabando con los valores y tradiciones.¹⁷

A las visiones de los mismos autores, se sumaban los filtros de quienes publicaban sus obras, principalmente en la prensa, o las compilaban como libros. Al respecto, un ejemplo destacado fue el del periódico *El Mosaico*,¹⁸ medio de difusión de las obras de miembros de la tertulia homónima, fundada por José María Vergara y Vergara y Eugenio Díaz, como espacio para la reunión informal de diferentes literatos entre 1858 y 1872.¹⁹ Se ha considerado que, si bien los fundadores de *El Mosaico* eran conservadores,²⁰ éste era un espacio “políticamente ‘neutro’ en el que participaban tanto conservadores como liberales”.²¹ Ésta era la afirmación de sus propios editores, quienes declaraban que su publicación “no toca

¹⁵ CORTÉS GUERRERO, 2013, pp. 15, 19, 20; GORDILLO RESTREPO, 2003, pp. 48, 51, 52; DER WALDE, 2007, p. 246.

¹⁶ LÓPEZ RODRÍGUEZ, 2013, pp. 33, 34.

¹⁷ CORTÉS GUERRERO, 2013, pp. 21-30.

¹⁸ Este periódico también es de interés para la historia ambiental por la publicación en 1859, números 21, 23, 27, 32, 35, y 46, de registros meteorológicos realizados por Ezequiel Uricoechea en Bogotá, uno de los pocos con los que contamos antes de 1890. MORA PACHECO, 2016, pp. 107, 108.

¹⁹ BROWN, 1995, p. 4.

²⁰ Como más adelante se menciona, aunque después de su muerte Vergara y Vergara afilia a Eugenio Díaz al partido conservador y esa idea ha sido perpetuada por los analistas de su obra, Díaz se reconocía a sí mismo como liberal. MÚJICA, 1985, p. 12; RODRÍGUEZ ARENAS, 2011, p. 34.

²¹ DER WALDE, 2007, p. 246.

en nada la política”.²² Sin embargo, esta neutralidad era un ideal difícil de alcanzar en el marco de intensas conmociones políticas y discusiones por las reformas de los liberales radicales de mediados de siglo, la condena de Pío IX al liberalismo en 1864 y la reforma educativa de 1870 (que entre otras medidas consagró la instrucción pública laica), momento en el cual se intensificó la propaganda política y en el cual se disuelve *El Mosaico*.²³ La neutralidad también es cuestionable si se tiene en cuenta que, como compilador de la colección *Museo de cuadros de costumbres*,²⁴ que incluía muchos de los trabajos que publicó *El Mosaico*, Vergara y Vergara supo censurar o filtrar planteamientos liberales y canalizarlos para que se ajustaran a su ideal conservador hispano-católico.²⁵

Pese a su contenido ideológico y los intereses políticos que respaldaran, la riqueza de detalles sobre las condiciones biofísicas de los espacios que describen y las acciones humanas que los intervienen o les dan significado, hacen de los textos costumbristas una fuente importante, y muchas veces contrastable con otros recursos, para la reconstrucción de las relaciones sociedad-naturaleza, no sólo en el momento de su producción, desde mediados del siglo XIX, sino en el pasado que reconstruyen o imaginan. Este tipo de análisis es el que aquí se propone, aplicado a temas agrarios en una de las regiones más retratadas por los costumbristas: la Sabana de Bogotá²⁶ (Figura 1). La presencia en la región de dos ecosistemas que hoy se consideran estratégicos, los humedales y los páramos, hace aún más pertinente esta aproximación.

²² GORDILLO RESTREPO, 2003, p. 30.

²³ GORDILLO RESTREPO, 2003, pp. 30-32.

²⁴ Esta recopilación, aunque sin ilustraciones, pretendía seguir de forma explícita el modelo de *Los españoles pintados por sí mismos* (1843), *Los cubanos pintados por sí mismos* (1852) y *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1854), obras que, a su vez, y muy a pesar de los intentos de Vergara y Vergara por combatir el afrancesamiento, tenían como uno de sus modelos *Le Français peints par eux-mêmes* (LÓPEZ RODRÍGUEZ, 2013, p. 103). Para una comparación entre el *Museo de cuadros de costumbres* y *Los mexicanos pintados por sí mismos*, véase CORTÉS GUERRERO, 2013.

²⁵ LÓPEZ RODRÍGUEZ, 2013, pp. 78, 79, 84, 104, 107; DER WALDE, 2007, p. 244.

²⁶ Meseta de origen fluviolacustre que corresponde a una sección del Altiplano Cundiboyacense, con altitud promedio de 2 600 msnm. Aunque no es un ecosistema de Sabana, su relieve relativamente plano y el predominio de los pastos, han hecho que reciba esta denominación desde, cuando menos, el siglo XVII.

DOS MIRADAS COSTUMBRISTAS PARA LA HISTORIA AMBIENTAL DE LA SABANA DE BOGOTÁ: EUGENIO DÍAZ Y JOSÉ MANUEL MARROQUÍN

Para el caso colombiano, los textos costumbristas tienen alto valor para la historia ambiental de áreas rurales como la Sabana de Bogotá. A diferencia de *Los mexicanos pintados por sí mismos*, donde se enfatizó en la población de áreas urbanas, el *Museo de cuadros de costumbres* incluyó costumbres y tipos rurales y urbanos.²⁷ De hecho, era el mundo rural el que dominaba los relatos, aun para destacar paisajes inhóspitos y baldíos que dificultaban el avance de la civilización.²⁸ Aunque la mayoría de los autores miraban al campo desde la ciudad,²⁹ contamos con excepciones que eran parte de ese mundo rural y que, para el caso sabanero, fueron Eugenio Díaz y José Manuel Marroquín. No se trata de visitantes ocasionales al campo, sino de habitantes y conocedores de sus contextos. En los dos se encuentran añoranzas por el pasado y las tradiciones rurales, críticas a los cambios producidos desde mediados del siglo XIX y a los estragos causados por las guerras civiles. Ninguno es de las capas más bajas de la sociedad, pero los dos permiten recrear una vida rural (o su percepción de ésta) con la que estaban en permanente contacto.

Eugenio Díaz nació en 1803, en Soacha (Cundinamarca) en la hacienda Puerta Grande, propiedad de su familia. En sus años maduros, como propietario de tierras y mayordomo, tanto en la Sabana, como en la vertiente occidental de la Cordillera Oriental, donde fue agricultor y comerciante de quina y tabaco, adquirió conocimiento directo de la actividad agropecuaria de estas regiones. Sus saberes se reflejan en sus novelas y cuadros de costumbres, la mayoría escritos en la última década de su vida y publicados de forma completa sólo después de su muerte, ocurrida en 1865.³⁰ De forma póstuma, Vergara y Vergara lo presentó como un hombre conservador, campesino de poca educación, por lo cual se convertía en testigo fidedigno de la realidad rural para la ciudad letrada; esa supuesta

²⁷ CORTÉS GUERRERO, 2013, pp. 21, 31.

²⁸ DER WALDE, 2007, p. 248.

²⁹ LÓPEZ RODRÍGUEZ, 2013, pp. 24, 109; REYES, 1988, p. 222; DER WALDE, 2007, p. 245.

³⁰ CRISTINA, 1996, pp. 105, 106; MÚJICA, 1985, pp. 10-26.

falta de formación y limitación intelectual de Díaz, ha sido asumida sin cuestionamientos por algunos analistas de su obra, con frecuencia enfocados en su conocida novela *Manuela*.³¹ No obstante, Díaz no fue ni carente de estudios ni militante conservador. No sólo había cumplido con los requisitos que la legislación de su juventud disponía para obtener el grado de abogado, sino que su obra, con múltiples citas de autores franceses, refleja su bilingüismo y lectura asidua.³² En términos políticos, Díaz era cercano al socialismo democrático-utópico francés y, en 1859, en un texto titulado “Mi pluma”, se declaró liberal, aunque no radical; las afirmaciones contenidas en su obra *Manuela* reflejan esos pensamientos que no caían bien ni a los conservadores ni para el ala mayoritaria del liberalismo.³³ Aunque la imagen que Vergara transmitió sobre Díaz ha sido vista como un complot para demeritar al autor,³⁴ puede verse más bien como un esfuerzo político para dar veracidad a las obras que publicaba.³⁵

Aunque no fuera un campesino raso, Díaz transmitió en sus textos ricas descripciones sobre las dinámicas agrarias de mediados del XIX que deben ser tenidas en cuenta, con el cuidado que toda fuente requiere. Su obra más conocida y citada, sobre la cual se centra el interés de los historiadores, es *Manuela*,³⁶ en especial por sus múltiples referencias a la producción de caña de azúcar y tabaco, relacionada con la expansión de la frontera agrícola y la inserción de Colombia al mercado mundial. Esta obra no es materia de este artículo, pues se enfoca en zonas de vertiente, fuera de la Sabana. En cambio, se toman como base otras obras poco trabajadas y que son detalladas en sus descripciones de la vida rural sabanera: la novela *El rejo de enlazar*, que recrea las haciendas sabaneras Olivos y la Pradera en el lapso 1845-1854; la novela corta *María Ticince y los pescadores del Funza* sobre los indígenas que vivían a orillas del río Bogotá; las colecciones de cuadros *Bruna la carbonera*, sobre los leñadores y carbone-

³¹ COLMENARES, 1988; CRISTINA, 1996; MÚJICA, 1985; REYES, 1988.

³² RODRÍGUEZ ARENAS, 2011.

³³ MÚJICA, 1985, p. 12; RODRÍGUEZ ARENAS, 2011, p. 34.

³⁴ MÚJICA, 1985, pp. 14-16.

³⁵ LÓPEZ RODRÍGUEZ, 2013, pp. 96-100.

³⁶ Para un análisis detallado y reciente de esta obra, su autor y su tiempo, véase por ejemplo el especial monográfico “Eugenio Díaz Castro y Manuela en el siglo XXI”, en la revista *Lingüística y Literatura*, núm. 59, publicado en 2011.

ros de los cerros orientales de Bogotá, y *Aguinaldos de Chapinero*, sobre costumbres de las familias bogotanas urbanas, y el cuadro *El trilladero de la hacienda de Chingatá*, sobre las formas tradicionales de producir trigo.

El otro autor por considerar es José Manuel Marroquín, quien nació en Bogotá en 1827 y murió en la misma ciudad en 1908. Era miembro de una familia prestigiosa en la región desde tiempos coloniales; huérfano desde niño, fue criado por sus tíos.³⁷ Fue profesor, gramático, escritor de diversos géneros, historiador, miembro inicial de la tertulia literaria El Mosaico y el periódico del mismo nombre, cofundador de la Academia Colombiana de la Lengua y presidente de Colombia entre 1900 y 1904, momento en el que debió afrontar la última guerra civil del siglo XIX y la separación de Panamá.³⁸ Ese último rol ha distraído la atención de su valor como fuente literaria para la segunda mitad del siglo XIX. Una de sus obras más conocidas es la novela *El Moro*, narrada a manera de autobiografía de un caballo, según el modelo inglés de *Black Beauty* (traducido al español como *Belleza Negra* o *Azabache*), de Anna Sewell, aunque sin intención de despertar compasión por el animal y con un contexto diferenciado en el marco de la Sabana de Bogotá y las conmociones que causaban las guerras civiles.³⁹ En *El Moro* se conjugan los tres planos de la vida del caballo y sus aventuras y sucesos desde el nacimiento hasta la muerte; las reacciones y juicios del protagonista y los equinos que conoce sobre la vida en la Sabana y las costumbres y acciones humanas, y el paisaje que se ofrece por unidades detalladas.⁴⁰ Por su carácter de ensayo y de reconstrucción de la historia de su familia y su propiedad *Yerbabuena*, al noroccidente de la Sabana, son valiosos para la historia ambiental *En Familia: bocetos e Historia de Yerbabuena*, publicados como un solo volumen en 1985. Más que ser un “hacendado que contempla los quehaceres de la vida rural desde el balcón de su casona”,⁴¹ como ha sido considerado, los detalles que ofrece Marroquín fusionan la tradición con la vida natural,

³⁷ MARROQUÍN, 1985.

³⁸ REYES, 1988, pp. 231, 232.

³⁹ ARÉVALO, 1988, p. 16.

⁴⁰ MARTÍNEZ, 1971, pp. XL-XLIV.

⁴¹ REYES, 1988, p. 222.

retratan un ambiente total, que no estudia sino con el cual convive, y éste llega a ser considerado el protagonista de sus obras.⁴²

En ambos casos, a pesar de ser hombres de campo, los textos no deben ser asumidos como objetivos y verídicos. Son una fotografía, no entendida como captura de la realidad, sino como visión desde un ángulo y momento específico. Por ello, se hace necesario el contraste con otras fuentes constituidas por otros costumbristas, diarios de viajeros extranjeros, prensa y documentos oficiales. En cualquier caso, no se trata de obtener la realidad calcada de la relación sociedad-naturaleza en el siglo XIX. Más bien, se busca reconstruir percepciones y experiencias en los campos (no verdaderas ni falsas, pero sí diferente a la del ciudadano), las añoranzas, los hechos que consideran impactantes y que para otros pasan desapercibidos. Para la historia ambiental, se identifican tres grandes temas, constantes en sus obras, y en los cuales podrán profundizar investigaciones futuras: 1) el uso y manejo del suelo; 2) la relación con los humedales; 3) las actividades agropecuarias en los páramos.

USO Y MANEJO DEL SUELO

La identificación de los usos del suelo predominantes en el pasado de la Sabana de Bogotá, en ocasiones se ha hecho a partir de generalizaciones que omiten las especificidades biofísicas locales, y llevan a construir una imagen de vocación agrícola y gran producción triguera en la región.⁴³ El problema ha radicado en la selección de un área de estudio más amplia de la que, hasta principios del siglo XX, los residentes de la región llamaban Sabana de Bogotá, esto es la cuenca media del río Bogotá.⁴⁴ Así, se examinan fuentes sobre otros puntos del Altiplano Cundiboyacense que ni tienen las mismas dinámicas biofísicas ni se consideraban como Sabana, o se generalizan condiciones válidas sólo para zonas puntuales de la región. Por ejemplo, las descripciones que Eugenio Díaz hace en *El rejo de enlazar* se enfocan en dos haciendas del suroccidente de la Sabana, uno de los sec-

⁴² MARTÍNEZ, 1971, pp. XXXI, XXXVI, XXXVII.

⁴³ PARDO PARDO, 1972; VILLAMARÍN, 1972.

⁴⁴ RUEDA VARGAS, 1946, p. 10.

tores más secos de la región,⁴⁵ donde sí podía prosperar el trigo al tiempo que se mantenían numerosos bovinos y equinos para obtener manteca animal y leche para quesos que se vendían en Bogotá.⁴⁶ Su relato incluye las afectaciones por las guerras civiles de mediados del siglo XIX, de forma que la coyuntura no permite visualizar el estado “normal” de su producción agropecuaria. Sin embargo, las afirmaciones de Díaz han sido asumidas como válidas para toda la Sabana y sin restricciones temporales.⁴⁷

El panorama del agro sabanero podría ampliarse con la información que ofrece Marroquín sobre su hacienda *Yerbabuena*. La propiedad había sido de su familia desde, cuando menos, el siglo XVIII y, desde entonces, se consideraba que el trigo que allí se sembraba era fácil presa del polvillo (*Ustilago tritici*). Con todo, sus familiares, y después él mismo, sembraron de trigo diferentes potreros de la hacienda en diez años diferentes entre 1815 y 1858, pero con baja productividad. La siembra sólo fue exitosa en 1864 cuando se mezcló con papas y con el único propósito de recuperar una parcela de “la infección producida por el ganado llanero que se recibió allí a pastaje después de la revolución de 1861”.⁴⁸ En contraste, la ganadería fue la actividad más próspera para la hacienda. Además de las 1 000 a 1 500 cabezas vacunas que se mantenían inventariadas y en forma permanente, también estaba el ganado cimarrón que pastaba en las zonas altas y era difícil de atrapar para su conteo (véase *infra*), y el ganado de los vecinos y amigos que podía pastar libremente en la propiedad, como era costumbre en la región.⁴⁹

⁴⁵ Con precipitaciones anuales en el rango de 600 a 900 milímetros, en contraste con los 1 400 a 2 000 de otros puntos de la Sabana. IGAC, 1996, p. 1950.

⁴⁶ DÍAZ, 1972, pp. 13, 16, 18-20.

⁴⁷ PARDO PARDO, 1972, p. 290.

⁴⁸ MARROQUÍN, 1985, pp. 90, 91.

⁴⁹ MARROQUÍN, 1985, pp. 93, 94. Esta práctica es registrada también en otras fuentes. Por ejemplo, en el siglo XVIII la hacienda El Novillero permitía el pastaje a diferentes vecinos blancos y a los indígenas del resguardo de Bogotá que pagaban un peso por cabeza [Archivo General de la Nación —en adelante AGN—, Bernardo J. Caycedo, Resguardos, t. 1, caja 26, doc. 3, f. 2 vuelto (v.); Archivo Parroquial de Funza —en adelante APF—, Documentos, folios (ff.) 146v., 147v., 148 recto (r.), 159v.]; incluso, en tiempos de escasez de carne, como la ocurrida en 1717, se autorizó el pastaje libre en terrenos de la hacienda para todo aquel que tuviera ganados que alimentar (AGN, Sección Colonia —en adelante SC—, Abastos, t. 6, f. 508r.). Para el siglo XIX, la prensa también muestra la permanencia de esta costumbre, pues solían publicar avisos de personas buscando y ofreciendo terrenos para mantener bovinos; una referencia de costos, indica que el derecho de pastaje, para la década de 1860, costaba alrededor de 12 reales por cabeza en potreros altos y cuatro en potreros bajos

La importancia de la ganadería no era un rasgo exclusivo de la hacienda Yerbabuena ni corresponde a la percepción de Marroquín, sino que caracterizaba a la Sabana de Bogotá y puede rastrearse en otras fuentes. El también costumbrista Juan de Dios Restrepo (conocido como Emiro Kastos), antioqueño de paseo por la Sabana, también destacaba los numerosos y gordos ganados que se alimentaban de sus nutritivos pastos.⁵⁰ Los viajeros extranjeros que visitaron la Sabana entre 1820 y 1890, algunos de los cuales residieron en Bogotá o incursionaron en la actividad agrícola en el país,⁵¹ coincidían en la descripción de pastizales ocupados por incontables cabezas de vacunos, seguidos por los ovinos y equinos, mientras la agricultura se restringía a las huertas caseras o a pequeñas parcelas para maíz, papa, trigo y cebada.⁵²

Todas estas visiones desde la literatura coinciden con los reportes de documentos oficiales y prensa. Entre este material, están los reportes de los jefes de los cantones de la Provincia de Bogotá en 1835, donde se registra que, en el área correspondiente a la Sabana (cantones de Funza y Bogotá), se mantenían 75 386 bovinos, 2 101 cabras, 41 581 ovejas, 7 050 caballos y yeguas, 3 230 mulas, 604 asnos y 1 729 cerdos.⁵³ La cifra superaba por más de 15 000 cabezas de bovinos, 1 500 mulas, 300 asnos y 700 cerdos, las que podían alcanzarse en los tres cantones restantes de la altiplanicie que correspondían a la Provincia de Bogotá (Figura 2).

por mes, o medio real por día. *Diario de Avisos*, 24 de marzo de 1855, p. 11; *El Cundinamarqués*, 6 de diciembre de 1862, p. 288.

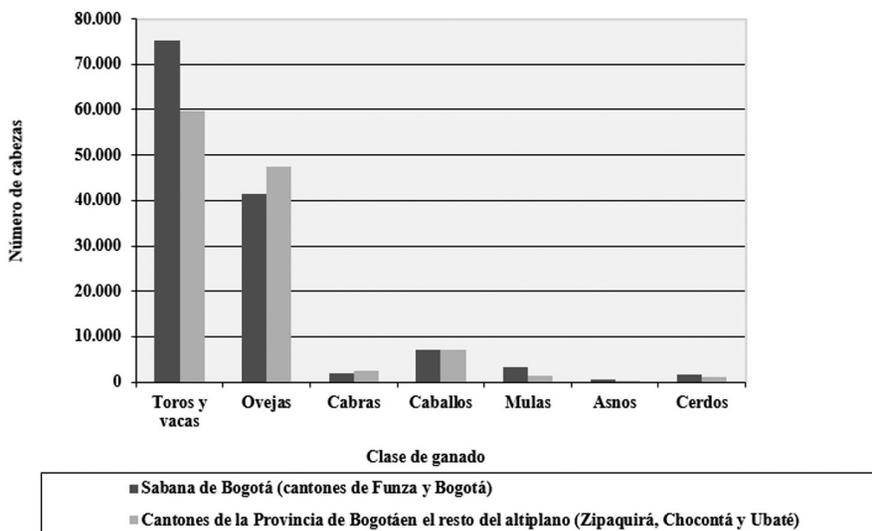
⁵⁰ Emiro Kastos, “Correría por Villeta i Guaduas. Impresiones de viaje”, *El Pasatiempo*, 1 de septiembre de 1852, p. 79.

⁵¹ Residieron en Bogotá: el inglés Joseph Brown, entre 1826-1835 y 1836-1840; el francés Agust Le Moyne de 1828 a 1839; el inglés William Wills, entre 1825 y 1875 y como propietario de tierras en la Sabana; la inglesa Mary Greenup, de 1823 a 1827, cuando se traslada a Cúcuta, ciudad fronteriza con Venezuela, hasta su muerte en 1846, periodo en el cual se dedicó al cultivo y venta de cacao; el español José María Gutiérrez de Alba, entre 1870 y 1883, quien llegó para establecer relaciones diplomáticas entre Colombia y su país y, como resultado de su estancia, no sólo produjo un diario de viajes, sino la *Cartilla agraria o Tratado elemental de agricultura y ganadería, dedicado a la juventud de Colombia*. DEAS, 1996; DEAS, SÁNCHEZ y MARTÍNEZ, 1989; SCOTT, 1991; MORA PACHECO, 2015.

⁵² British Library (en adelante BL), Western Manuscripts (en adelante WM), Add MS 89075/11/2 f. 809/1164; Wills en DEAS, 1996, t. 1, p. 76; STEUART, 1989, pp. 101, 103.

⁵³ AGN, Sección República (en adelante SR), Gobernación de Bogotá (en adelante GB), t. 3, f. 884.

FIGURA 2
COMPARATIVO DE GANADOS DE LA SABANA DE BOGOTÁ CON OTROS
CANTONES DE LA PROVINCIA DE BOGOTÁ



FUENTE: Elaboración propia con base en datos de AGN, SR, GB, t. 3, f. 884.

Para la década de 1850, los informes de la Comisión Corográfica, aunque no tienen datos por cantones que puedan compararse con la situación dos décadas atrás, sí permiten asegurar que en la Sabana de Bogotá pastaban 57 750 cabezas de bovinos y 35 660 ovinos, cifras que, si bien eran inferiores a las reportadas quince años atrás, seguían superando a otros puntos del Altiplano y la vertiente.⁵⁴ Por último, el balance de la producción sabanera realizado por el periódico *El Agricultor* consideraba que el principal cultivo de la región era el pasto, seguido por la papa, con una producción de entre 600 000 a 800 000 cargas anuales (54 432 a 75 575 toneladas) y el trigo con 50 000 cargas anuales (4 536 toneladas). Esta producción de trigo, que no alcanzaba a representar ni 10% de la de papa, contrastaba con la abundancia de pastos que, se calculaba a simple ojo, podían mantener para

⁵⁴ CODAZZI, 2003, pp. 319, 320.

entonces unos 125 000 bovinos, 16 000 equinos, 25 000 ovinos y 25 000 cerdos.⁵⁵ En síntesis, aunque las cifras son variadas, las fuentes coinciden con los costumbristas en el predominio de la ganadería en la Sabana y una agricultura sectorizada o para consumo local.

Ahora bien, ¿cuáles eran las prácticas que se llevaban a cabo dentro de las actividades ganadera y agrícola? A partir de las descripciones, es posible establecer que la ganadería era extensiva y las reses crecían sin mayor intervención de propietarios o vaqueros. Los animales estaban marcados con el hierro distintivo de su propietario y se reunían, en promedio, una vez al año para conteo y marca de las nuevas crías. Estos eventos, llamados rodeos —descritos en detalle tanto por Díaz como por Marroquín y el viajero Charles Steuart—, se celebraban por lo general a mediados del año, cuando predominaba el tiempo seco y la cosecha aún estaba por recogerse para garantizar la reunión de una multitud de peones y voluntarios a pie y a caballo que, con rejos de enlazar y perros, perseguían bovinos y equinos, con frecuencia atraídos por alguna “roca cubierta con sal, hasta quedar encerrados en corrales, rodeadas por cercas de piedra o zanjas”.⁵⁶ El periódico *El Agricultor* confirma que, aún a finales de la década de 1860, sólo se estabulaba el ganado equino, mientras los vacunos pastaban libremente, aunque se destinaban los mejores potreros para las vacas con cría (cuya se leche se transformaba en quesos y mantequillas) y las reses para sacrificio, en un rango de entre 0.42 a 0.64 hectáreas por cabeza.⁵⁷

Para entonces, la introducción de razas europeas estaba en marcha. En 1861, los Marroquín habían incursionado en la importación de una nueva raza, de la cual no se menciona el nombre, pero los ejemplares se perdieron en los abigeatos que acompañaron la guerra ese año.⁵⁸ Los experimentos de Yerbabuena eran parte de unos proyectos mayores de modernización pecuaria que se estaban realizando en América Latina con el fin de aumentar las exportaciones; en la Sabana de Bogotá, aunque el objetivo era aumentar la producción de leche, carne y cueros, hasta la pri-

⁵⁵ *El Agricultor*, mayo 21 de 1868, pp. 17, 18.

⁵⁶ DÍAZ, 1972, pp. 116, 132, 133, 143; MARROQUÍN, 1971, pp. 105-108, 112; MARROQUÍN, 1985, pp. 361-364; STEUART, 1989, p. 103.

⁵⁷ *El Agricultor*, 21 de mayo de 1868, p. 17.

⁵⁸ MARROQUÍN, 1985, p. 96.

mera mitad del siglo XIX el reemplazo del ganado criollo fue lento y localizado.⁵⁹ Por lo general, la introducción no superó los ocho ejemplares por raza, que en Colombia fueron, en su orden, Hereford (1846), Durham (1849), Holandés (1859) y Normando (1879 y 1882).⁶⁰

En cuanto a la actividad agrícola, es aún menor la información, posiblemente porque, como se ha visto, no era fundamental en la producción de la región. No obstante, se sabe que, para la reposición de la fertilidad de los suelos, se recurría al cultivo ajedrezado o en mosaico, esto es, con unas parcelas en descanso o de pastos, otras recién sembradas y otras con la cosecha a punto para recoger. Marroquín destacaba esta estrategia en su descripción de sembrados de la Sabana “que en algunas partes remedan un tablero”.⁶¹ Siete décadas atrás, el viajero inglés John P. Hamilton también destacaba los campos de cebada y trigo “en diferentes grados de madurez”.⁶² Aún en tiempos coloniales, se encuentra evidencia de cultivo en mosaico que respalda la apreciación de Marroquín. Tal fue el caso de los indígenas del pueblo de Zipacón, quienes se negaban a desplazarse hacia las nuevas tierras que les habían asignado porque tenían su resguardo “sembrado como antes con sementeras, unas en sazón, otras en berza, y algunas recién plantadas”.⁶³ Esta práctica no solo permitía el descanso de los suelos, sino que era una garantía de alimentos ante fenómenos meteorológicos, insectos y hongos, que podían afectar a las plantas en fases específicas de su ciclo; así, no toda la cosecha estaría perdida.

Las fuentes también dan cuenta de las medidas que se tomaban para proteger los cultivos de las heladas, fenómeno común en la Sabana durante los meses más secos (diciembre-enero) por ausencia de nubosidad y vientos, que hace descender las temperaturas por debajo de 0 °C y quema los pastos y los cultivos.⁶⁴ Para enfrentarlas, era conocida la práctica de quemar boñiga para que el humo resultante protegiera los cultivos, o disponer cuerdas tirantes sobre los campos sembrados para que se acumulara

⁵⁹ DELGADO ROZO, 2015, pp. 186, 198, 199.

⁶⁰ FLÓREZ MALAGÓN, 2008, pp. 212, 218; SOURDIS NÁJERA, 2008, p. 137.

⁶¹ MARROQUÍN, 1985, p. 366

⁶² HAMILTON, 1955, t. I, p. 93.

⁶³ AGN, SC, Tierras de Cundinamarca (en adelante TC), t. 34, f. 430v.

⁶⁴ GUHL, 1981, pp. 12, 64; PABÓN CAICEDO y TORRES, 2007, p. 91.

en ellas el rocío de la mañana y cayera gradualmente sobre las plantas para disolver el hielo.⁶⁵ Sin embargo, podía no haber más intervención que la recolección de la cosecha la misma noche de la helada, como relata Díaz en *El trilladero de la hacienda de Chingatá*. Allí, a partir de la observación del cielo, un mayordomo “aferrado a las costumbres viejas”, nota que se aproxima la helada y convoca a todos los peones para que recojan el trigo entre las 3 y las 5 de la mañana; en seguida, posiblemente para evitar quemaduras en el producto de la cosecha, pone a 90 yeguas a trillarlo.⁶⁶

En cuanto a las enfermedades que afectaban los cultivos, no se ha encontrado mención sobre las medidas que se tomaban, pero sí descripciones específicas sobre su manifestación. Ejemplo de ello es la descripción de Díaz sobre una enfermedad de la papa. En su novela *Bruna la carbonera* se refiere al muque, “un gusanito que parece pana, y que se aparece cuando las papas están queriendo *jlourear*, y es tanta la *juría* de estos animales, que de noche a la mañana hacen desaparecer la sementera”.⁶⁷ El muque, ataque de la polilla *Copitarsia consueta* y sus huevos, no sólo a la papa sino a cereales como el trigo, la cebada y el maíz, tal como describía Díaz, deja a su paso una mancha violeta que se vuelve negra y aterciopelada en la fase de gusano.⁶⁸ Un factor relacionado con la propagación de muque era la misma desaparición de especies nativas de la región, según da cuenta otro autor costumbrista, el abogado, político y escritor José María Cordovez Moure, nacido en Popayán pero residente en Bogotá desde su primera infancia. En sus *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, escritas en 1893, señalaba que:

De los millares de garzas que daban animación a las llanuras con su vuelo majestuoso, en especial las bellísimas garzas reales de plumaje nacarado color de rosa, no quedó ni una para contar el cuento; los chirlovirlos, mirlas negras y otras variadas avecillas canoras de reconocida utilidad en la agricultura, porque destruyen el muque roedor del ramaje de la papa, y los insectos que atacan el trigo, pasaron a la historia como fábula mitológica, lo mismo que otras especies de pájaros apreciables, ya por la belleza del plumaje, ya por los servicios que prestan al hombre.⁶⁹

⁶⁵ MORALES PUERTA, 1857, p. 193.

⁶⁶ DÍAZ, 1985, t. II, p. 385.

⁶⁷ DÍAZ, 1985, t. I, p. 222.

⁶⁸ LÓPEZ ÁVILA, 1979, p. 167.

⁶⁹ CORDOVEZ MOURE, 1912, vol. II, pp. 238, 239.

El fenómeno era atribuido a la caza y al agotamiento de espacios donde se alimentaban. Así, sin que aún se desarrollaran estudios desde la ecología en el país, la experiencia daba cuenta de la complejidad de interrelaciones entre especies y del impacto que causaban las acciones humanas en los ecosistemas, repercutiendo en sus propias actividades económicas. La transformación en la relación sociedad-naturaleza, en especial ligada a la reducción de hábitats, sería aún más evidente en la lucha contra el agua.

LA RELACIÓN CON LOS HUMEDALES

La Sabana de Bogotá aún alberga relictos del lago que la cubría hasta hace unos 20 000 años, representados por lagunas (La Herrera, La Florida, Juan Amarillo) y cerca de 35 pantanos (15 de los cuales son reconocidos como humedales, según la Convención Ramsar).⁷⁰ El espejo de agua de estos cuerpos ha disminuido desde los inicios del siglo XX debido a la canalización del río Bogotá y sus afluentes, los esfuerzos sistemáticos por drenar terrenos, la deforestación y el crecimiento urbano descontrolado.⁷¹ En contraste, según nos cuentan, entre otras fuentes, los diarios de viajeros extranjeros y los autores costumbristas, la convivencia con el agua en una dinámica anfibia, fue el rasgo predominante desde tiempos prehispánicos hasta mediados del siglo XIX. Los indígenas de la región, llamados muisca, construyeron camellones o campos elevados de cultivo, en medio de los pantanos y zonas inundables.⁷² En tiempos coloniales, estas áreas, no aptas para cultivos como el trigo o la cebada, fueron aprovechadas para la crianza de porcinos, bovinos y equinos adaptados a condiciones anegadizas y que, a diferencia de las plantas, podían desplazarse hacia puntos elevados si el nivel de las aguas lo ameritaba.⁷³ Para el transporte de personas y mercancías hacia la capital, que hacía necesario atravesar una Sabana cubierta en

⁷⁰ Para más información sobre los humedales de Bogotá, véase <http://humedalesbogota.com/>, consultada el 5 de julio de 2017. Sobre la Convención Ramsar y la definición de humedales, la información se encuentra en <http://www.ramsar.org/es>, consultada el 26 de junio de 2017.

⁷¹ BOADA, 2006, p. 85.

⁷² BOADA, 2006.

⁷³ AGN, Bernardo J. Caycedo (en adelante BJC), Visitas, t. 2, caja 43, doc. 5, ff. 14, 20r.; AGN, SC, Abastos, t. 2, f. 311r. y t. 12, f. 145v.; AGN, SC, Real Audiencia de Cundinamarca (en adelante RAC), t. 1, f. 651r.-653r.; AGN, SC, Visitas de Cundinamarca (en adelante VC), t. 7, f. 1084v.; AGN, SC, Miscelánea, t. 141, f. 103r.

tres cuartas partes por agua en época de lluvias, era preciso utilizar balsas de junco, pasar a nado e incluso pagar por usar puentes de particulares que usufructuaban un derecho de pontazgo exclusivo del cabildo.⁷⁴

Balsas similares aún permitían vadear la Sabana en la primera mitad del siglo XIX. José Manuel Marroquín registra que en 1830 y 1831 se hizo una reparación de un puente en el camino principal hacia Bogotá, obra para la cual se enviaron piedras de la hacienda Yerbabuena a través del río y en balsas de junco.⁷⁵ Eugenio Díaz también describió este tipo de balsas en su novela *María Ticince o los pescadores del Funza*. Según él, eran utilizadas por la población indígena para pescar y movilizarse a través de la Sabana.⁷⁶ El amplio espejo de agua que para entonces cubría el sector de Fontibón (hoy parte de Bogotá), Facatativá, Bojacá y Serrezuela (hoy Madrid), fue destacado en el cuadro de costumbres *El salto del Tequendama*, escrito por el bogotano Juan Francisco Ortiz en 1866 y mencionado en varias descripciones de viajeros extranjeros que visitaron la región o se establecieron en ella un tiempo desde 1801, como Alexander Humboldt, y hasta finales del siglo XIX, como Rosa Carnegie-Williams y Miguel Cané.⁷⁷

Además de las aguas permanentes, se presentaban crecidas en la cuenca del Bogotá. Hasta mediados del siglo XIX, estos desbordamientos eran vistos como una bendición por la fertilización de los terrenos, bien fueran para cultivos o pastos para el ganado.⁷⁸ En *Los Aguinaldos de Chapinero*, Díaz apuntaba:

Nuestra Sabana es una cuenca de las montañas occidentales de la cadena oriental, cubierta con los aluviones de las cordilleras, y fertilizada por los limos de infinitos años de depósitos acuáticos, de que aún tenemos los restos de las lagunas de occidente [...]. La tierra de la Sabana es de una fertilidad que no tiene rivalidad en el mundo, da sementeras todos los años, si se quiere, y produce perennemente abundantes y jugosos pastos, en que ceban reses que dan hasta trece arrobas de sebo en los gramales naturales, que no han exigido de la mano del hombre sino las cercas; da legumbres, cosecha tras cosecha, y sin ningún abono.⁷⁹

⁷⁴ AGUILERA, 1935, p. 16; GUTIÉRREZ RAMOS, 1998, pp. 100, 101.

⁷⁵ MARROQUÍN, 1985, p. 28.

⁷⁶ DÍAZ, 1985, t. II, pp. 273-282.

⁷⁷ CANÉ, 1968; CARNEGIE-WILLIAMS, 1990; GUTIÉRREZ DE ALBA, 1883; HOLTON, 1981; HUMBOLDT, 1959; STEUART, 1989.

⁷⁸ *Diario Político de Santafé*, 16 de octubre de 1810, p. 63; CORDOVEZ MOURE, 1912, vol. I, p. 228.

⁷⁹ DÍAZ, 1985, t. I, p. 60.

Esos depósitos de agua eran además la fuente de uno de los principales ingredientes de los platillos de ricos y pobres,⁸⁰ el pez capitán (*Eremophilus mutisii*), hoy casi extinto. Como relata Díaz en *María Ticince y los pescadores del Funza*, todavía a mediados del siglo XIX, la región se caracterizaba por la abundancia de venados, que solían ser cazados, y de pez capitán, cuya captura, cría y venta estaba a cargo de los indígenas que vivían en sus orillas, aun después de la disolución de los resguardos (Figura 3). Para mantener fresco el producto, los indígenas cavaban hoyos a modo de estanques para mantener a los peces vivos y extraerlos justo antes de su expendio.⁸¹ Para finales de siglo, como registra Cordovez Moure, la pesca había dejado de ser abundante, en especial en los ríos Bogotá y Tunjuelo, fenómeno atribuido a “el envenenamiento de las aguas con zumo de barbasco”.⁸²

FIGURA 3
INDIOS PESCADORES DEL FUNZA, ACUARELA DE RAMÓN TORRES MÉNDEZ



FUENTE: Ramón Torres Méndez. Acuarela publicada originalmente por la Junta Nacional del Centenario de la Proclamación de Independencia de la República de Colombia. Pertenece a la Colección de Arte del Banco de la República AP1357 [recuperado de <http://www.banrepcultural.org/coleccion-de-arte-banco-de-la-republica/obra/indios-pescadores-del-funza>].

⁸⁰ DÍAZ, 1985, t. II, pp. 273-282; RESTREPO MANRIQUE, 2005, p. 25.

⁸¹ DÍAZ, 1985, t. II, pp. 272-282.

⁸² CORDOVEZ MOURE, 1912, vol. II, pp. 238, 239.

Para entonces, la dinámica anfibia estaba siendo abandonada por una confluencia de factores que impulsaron la demanda de tierras secas. Entre éstos se encuentran: la fragmentación de las grandes haciendas y la desaparición de los resguardos, que impedía gozar de la antigua movilidad que el ganado tenía durante las inundaciones; los proyectos de mejora y construcción de caminos hacia la capital; la expedición de leyes que favorecían explícitamente la desecación con fines agrícolas, o la promovían de forma indirecta al declarar propiedad de la nación todos los terrenos que estuvieran debajo de aguas naturales; la acogida tardía de ideas fisiócratas que asociaban a la agricultura con el progreso; la llegada de viajeros extranjeros que promovían planes de desecación que se estaban raelizando en sus lugares de origen (principalmente en los casos ingleses) o de colombianos que habían viajado al exterior y tenían conocimiento de la transformación de humedales en tierras agrícolas; la introducción de pastos como el Bromo de Schrader (*Bromus willdenowii* Kunth) y razas ganaderas que no estaban adaptadas a condiciones anegadizas; las concepciones predominantes sobre higiene y salubridad humana y animal, que relacionaban las enfermedades con las emanaciones miasmáticas de los pantanos.⁸³ Entonces, la desecación de terrenos se materializó en proyectos particulares y oficiales de diferentes dimensiones. Sin embargo, como se verá, los humedales no eran las únicas áreas bajo intervención antrópica.

PÁRAMOS Y ACTIVIDADES AGROPECUARIAS

Las montañas de más de 3 000 msnm que rodean la Sabana de Bogotá, están coronadas por páramos, descritos por Marroquín como “tremedales espantosos [...] en que el suelo ofrece la apariencia de un prado cubierto de hierba, y en que, debajo de la capa que lo forma, y que es enteramente blanda, se halla otra muy profunda de agua o de barro”.⁸⁴ Estos ecosistemas propios de los Andes colombianos, nacedores de muchos ríos, son diversos en sus límites altitudinales, vegetación y microclima; entre sus plantas emblemáticas están los frailejones (*Espeletia killipi*, *Espeletia corim-*

⁸³ MORA PACHECO, 2016, pp. 147-365.

⁸⁴ MARROQUÍN, 1971, pp. 21, 22.

bosa, *Espeletia bogotensis* y *Espeletia uribei*), pero las condiciones biofísicas particulares y la intervención antrópica hacen que su presencia también varíe.⁸⁵ La evolución de los páramos como islas biogeográficas, aumenta su fragilidad y disminuye su umbral de resiliencia frente a las perturbaciones, que en la actualidad están representadas por el cambio climático, el avance de la ganadería, el cultivo de papa y la explotación minera.⁸⁶ Los estudios históricos sobre los usos de los páramos están a la espera de ser llevados a cabo⁸⁷ y los textos costumbristas pueden ser importante insumo para ellos.

Entre las referencias a la extracción de vegetación nativa para ser usada como materia prima, se encuentra la descripción que hace Díaz en *Los Aguinaldos de Chapinero* sobre la decoración empleada en la temporada navideña, donde predominaban las flores del páramo.⁸⁸ El español José María Gutiérrez de Alba, residente en el país por una década y media, también registró en su diario la extracción de trementina de los frailejones del páramo.⁸⁹ Respecto a la ganadería en zonas de páramo, son mayores las referencias, con frecuencia relacionadas con la incursión de cazadores. Por ejemplo, en *Bruna la carbonera*, Díaz construye un episodio en el cual unos cazadores observan dos buitres que acechan a un ternero durmiendo junto a los frailejones, espantan a su madre y lo devoran en dos o tres minutos para luego “posarse en las crestas más elevadas del páramo”, situación que le permitía ilustrar “la voracidad, la fuerza, la magnitud de estos pájaros gigantes de los Andes, que tanto perjudican a los hacendados”.⁹⁰ En *El rejo de enlazar*, Díaz también destaca la presencia de bovinos en el páramo al incluir en su descripción de la hacienda El Olivo una zona boscosa junto al páramo donde pastaban “más de mil toros bravos”.⁹¹

Los detalles sobre la ganadería paramuna son más completos en la pluma de Marroquín, pues en su hacienda de Yerbabuena la actividad principal era justamente la crianza de bovinos y entre sus linderos estaba una faja de páramo, donde la cantidad de frailejones era tal que “parecían ma-

⁸⁵ GUHL, 1981, pp. 20, 103; GUHL, 1982, p. 47.

⁸⁶ VARGAS RÍOS, 2013, p. 41

⁸⁷ Una guía metodológica general para emprender esta tarea, se encuentra en GALLINI, ROSA y ABELLO, 2015.

⁸⁸ DÍAZ, 1985, t. I, p. 51.

⁸⁹ GUTIÉRREZ DE ALBA, 1883, t. XIII, p. 146.

⁹⁰ DÍAZ, 1985, t. I, pp. 258, 259.

⁹¹ DÍAZ, 1972, p. 16.

nadas de ovejas”.⁹² Justamente sobre el mantenimiento de ovinos, Marroquín indicaba que se utilizaba el “pasto de las lomas” pero que la altitud afectaba a las crías hasta provocar su muerte, razón por la cual el número de cabezas de la hacienda no llegó nunca a 400. La cría de caballos tampoco fue la más próspera de su hacienda, pues solían verse afectados por la enfermedad del cogote, a pesar de lo cual logró mantener yeguas en el páramo que sólo se traían a las partes bajas para parir y amamantar a los potros.⁹³ En *El Moro* también menciona que parte de los caballos de la Sabana se habían vuelto cimarrones, habían migrado a los páramos y eran un reto para los jinetes que buscaban atraparlos.⁹⁴

En contraste, en *Yerbabuena* los bovinos sí tuvieron éxito, especialmente una variedad criolla que Marroquín consideraba muy antigua y común, y que logró aclimatarse al páramo y se rehusaba a pastar en los potreros de altitudes más bajas. Este ganado era descrito como “bravo”, “alzado” y “cimarrón”, tan esquivo que su persecución y enlace en los rodeos brindaba una satisfacción igual a la que sentían los cazadores profesionales con sus presas; ese mismo carácter había hecho que, durante la guerra civil de 1861, el único ganado que se salvará del abigeato fuera justamente el paramuno.⁹⁵ Sobre el aspecto físico, Marroquín no va más allá de señalar que “las vacas eran pequeñas, de largo cuello y cabeza levantada; pero poco importaba esto, pues los terneros o novillos que se apartaban anualmente para que embarnecrieran en los potreros, se ponían pronto tan hermosos como los de cualquiera de las haciendas de la Sabana”.⁹⁶ En los mismos pasajes, asume como gran equivocación los esfuerzos en los que participó para extirpar el ganado del páramo con el objetivo de hacer pastar a las reses en tierras más bajas y en potreros cercados para obtener crías cada año y no cada dos o tres años como ocurría en su estado cimarrón; al final, la aclimatación fue un fracaso, las reses perdieron peso y murieron de hambre y la variedad endémica, posiblemente producto de una adaptación desde la introducción de bovinos por parte de los españoles, se extinguió.

⁹² MARROQUÍN, 1985, pp. 77, 78, 365.

⁹³ MARROQUÍN, 1985, pp. 94, 97, 118.

⁹⁴ MARROQUÍN, 1971, pp. 12, 97, 98, 114.

⁹⁵ MARROQUÍN, 1971, p. 105; MARROQUÍN, 1985, p. 103.

⁹⁶ MARROQUÍN, 1985, pp. 95, 96, 103.

CONCLUSIÓN

El uso de fuentes escritas por los testigos oculares o protagonistas de las historias, con frecuencia puede nublar la vista sobre los intereses que se esconden tras sus textos. La precaución que suele tenerse con los documentos oficiales por su origen y propósito puede debilitarse cuando de fuentes literarias se trata, pues se corre el riesgo de asumir que su interés era meramente narrativo y dirigido al entretenimiento. Sin embargo, como se ha señalado para el caso de los autores costumbristas, no existen textos literarios neutrales, pues tanto la trayectoria de vida de los autores en los diferentes ámbitos en los cuales se desenvuelven, como las condiciones sociales en las cuales viven y escriben, hacen que sus obras estén permeadas por intereses específicos. Para el caso de la historia ambiental agraria, se encuentran magnificaciones de un glorioso pasado de relación armónica con la naturaleza o, por el contrario, exaltaciones a los proyectos que significan civilización y progreso.

Con todo, sin dejar de ejercer la crítica externa e interna de las fuentes, la literatura costumbrista es un insumo importante para la historia ambiental por sus detalles sobre los paisajes, que incluyen nombres comunes de especies vegetales y animales o las enfermedades que los afectaban, comportamiento de los cuerpos de agua, del tiempo y del clima; las prácticas agropecuarias en términos de tiempos, técnicas, mano de obra y relaciones sociales; los saberes populares, usos y percepciones sobre la naturaleza. Esta información básica, contrastada con otras fuentes, permite reconstruir relaciones materiales e inmateriales entre ecosistemas y sociedades. De especial interés, por las presiones a las que se ven sometidos por el cambio ambiental global, son los llamados ecosistemas estratégicos, entre los que se cuentan los humedales y los páramos, pero también el menos explorado bosque seco tropical. Comprender las relaciones históricas con tales ecosistemas, permite no sólo evidenciar las raíces de problemáticas actuales, sino diseñar mejores planes para el futuro basados en la experiencia. La diversa procedencia de los autores costumbristas o sus recorridos exploratorios por el país, así como la combinación de representaciones urbanas y rurales, hacen extensivo su uso a otras regiones, no sólo de Colombia sino de los países por los cuales este movimiento se extendió.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA, Miguel
1935 *Monografía histórica del municipio de Mosquera (Cundinamarca)*. Tipografía Voto Nacional, Bogotá, 48 pp.
- ARÉVALO, Guillermo
1988 “Prólogo”, en José Manuel Marroquín, *El Moro*, Arango Editores/El Áncora Editores, Bogotá, pp. 9-18.
- BOADA, Ana María
2006 *Patrones de asentamiento regional y sistemas de agricultura intensiva en Cota y Suba, Sabana de Bogotá (Colombia)*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas/Banco de la República, Bogotá, 181 pp.
- BROWN, Jonathan
1995 “La tradición cortés en la cultura colombiana del siglo xix”, *Revista Colombiana de Educación*, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, núm. 30, pp. 1-16.
- CANÉ, Miguel
1968 *En viaje*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 304 pp.
- CARNEGIE-WILLIAMS, Rosa
1990 *Un año en los Andes o aventuras de una lady en Bogotá*, Tercer Mundo Editores/Academia de Historia de Bogotá, Bogotá, 158 pp.
- CODAZZI, Agustín
2003 *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado de Cundinamarca y Bogotá. Antiguas provincias de Bogotá, Mariquita, Neiva y San Martín*, Alcaldía Mayor de Bogotá/Instituto Distrital de Cultura y Turismo/Gobernación de Cundinamarca, Bogotá, 328 pp.
- COLMENARES, Germán
1988 “Manuela, la novela de costumbres de Eugenio Díaz”, en Germán Arciniegas *et al.*, *Manual de literatura colombiana*, vol. 1, Pro Cultural/Planeta, Bogotá, pp. 247-166.
- CORDOVEZ MOURE, José María
1912 *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, 3a. ed., Librería Americana, Bogotá, 4 vols., 528 pp.
- CORTÉS GUERRERO, José David
2013 “Las costumbres y los tipos como interpretaciones de la historia: *Los mexicanos pintados por sí mismos* y el *Museo de cuadros de costumbres*”, *Estudios de literatura colombiana*, Universidad de Antioquia, Medellín, núm. 33, pp. 13-36.
- CRISTINA, María Teresa
1996 “Costumbrismo”, en *Gran Enciclopedia de Colombia. Temática 4 Literatura*, Círculo de Lectores, Bogotá, pp. 101-110.

- DEAS, Malcom
1996 *Vida y opiniones de Mr. William Wills*, Banco de la República, Bogotá, 2 vols., 894 pp.
- DEAS, Malcom, Efraín SÁNCHEZ y Aída MARTÍNEZ
1989 *Tipos y costumbres de la Nueva Granada. La colección de pinturas formada en Colombia por Joseph Brown entre 1825 y 1841 y el diario de su excursión a Girón, 1834*, Fondo Cultural Cafetero, Bogotá, 894 pp.
- DELGADO ROZO, Juan David
2015 “‘Nuestras pobres vacas de otros tiempos’: refinamiento ganadero y cambio de paisaje en la Sabana de Bogotá, 1860-1880”, en Stefania Gallini, *Semillas de historia ambiental*, Universidad Nacional de Colombia/Jardín Botánico de Bogotá, Bogotá, pp. 183-213.
- DER WALDE, Erna von
2007 “El ‘Cuadro de Costumbres’ y el proyecto hispano-católico de unificación nacional en Colombia”, *Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura*, CSIC, Madrid, vol. 183, núm. 724, pp. 243-253.
- DÍAZ, Eugenio
1972 *El rejo de enlazar*, Biblioteca Banco Popular, Bogotá, 283 pp.
1985 *Novelas y cuadros de costumbres*, Procultura/Presidencia de la República, Bogotá, 2 vols., 358 pp.
- FLÓREZ MALAGÓN, Alberto
2008 “El mercado de la carne a finales del siglo XIX y primera parte del XX”, en Alberto Flórez Malagón (ed.), *El poder de la carne. Historias de ganaderías en la primera mitad del siglo XX en Colombia*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, pp. 164-229.
- GALLINI, Stefania, Sofía de la ROSA y Rigoberto ABELLO
2015 “Hojas de ruta. Guías para el estudio socioecológico de la alta montaña en Colombia. N° 1: Historia Ambiental”, Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, Bogotá.
- GORDILLO RESTREPO, Andrés
2003 “El Mosaico (1858-1872): nacionalismo, élites y cultura en la segunda mitad del siglo XIX”, *Fronteras de la Historia*, ICANH, núm. 8, pp. 19-63.
- GUHL, Ernesto
1970 *Colombia: bosquejo de su geografía tropical*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 173 pp.
1981 *La Sabana de Bogotá, sus alrededores y su vegetación*, Jardín Botánico José Celestino Mutis, Bogotá, 106 pp.
1982 *Los páramos circundantes de la Sabana de Bogotá*, Jardín Botánico José Celestino Mutis, Bogotá, 127 pp.

- GUTIÉRREZ DE ALBA, José María
1883 *Impresiones de un viaje a América*, t. XIII, manuscrito.
- GUTIÉRREZ RAMOS, Jairo
1998 *El mayorazgo de Bogotá y el marquesado de San Jorge. Riqueza, linaje, poder y honor en Santafé, 1538-1824*, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Bogotá, 154 pp.
- HAMILTON, John Potter
1955 *Viajes por el interior de las provincias de Colombia*, Imprenta del Banco de la República, Bogotá, 2 vols., 311 pp.
- HOLTON, Isaac
1981 *La Nueva Granada: veinte meses en los Andes*, Banco de la República, Bogotá, 635 pp.
- HUMBOLDT, Alexander de
1959 “El Salto del Tequendama”, en Enrique Pérez Arbeláez, *Alejandro de Humboldt en Colombia. Extractos de sus obras compiladas, ordenadas y prologadas con ocasión del centenario de su muerte, en 1859*, Ecopetrol, Bogotá, pp. 103-107.
- IGAC
1996 *Diccionario Geográfico de Colombia*, vol. 4, Instituto Geográfico Agustín Codazzi, Bogotá.
- LÓPEZ ÁVILA, Aristóbulo
1979 “Insectos plagas en cultivo de la papa”, en *Curso internacional sobre Producción de Semilla de Papa*, Instituto Colombiano Agropecuario (ICA)/Centro Internacional de la Papa (CIP), Bogotá, pp.164-179.
- LÓPEZ RODRÍGUEZ, Mercedes
2013 “Ficciones raciales: representaciones de raza y género a través de la literatura y las artes visuales en Colombia, 1830-1875”, tesis de Doctorado en Literatura y Estudios Culturales, Georgetown University, Washington, 320 pp.
- MARROQUÍN, José Manuel
1971 *El Moro*, 3a. ed., Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 366 pp.
1985 *En Familia. Bocetos-Historia de Yerbabuena*, 3a. ed., Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 560 pp.
- MARTÍNEZ, Fernando
1971 “Nota Editorial. José Manuel Marroquín, escritor”, en José Manuel Marroquín, *El Moro*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, pp. XI-XLVI.
- MORA PACHECO, Katherinne
2015 “Monotonía, aislamiento y atraso agrícola. Descripciones de viajeros del siglo XIX e historia agraria de la Sabana de Bogotá (Colombia)”, *Historiolo. Revista de Historia Regional y Local*, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, vol. 7, núm. 14, pp. 180-213.

- 2016 “Adaptación de sociedades agrarias a la variabilidad climática. Sabana de Bogotá, Andes Orientales colombianos, 1690-1870”, tesis de Doctorado en Historia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 473 pp.
- MORALES PUERTA, José María
1857 *Manual de agricultura, según varios artículos publicados por Humboldt, Caldas, Cuervo (Rufino), Céspedes i otros autores*, Imprenta de Francisco Torres Amaya, Bogotá, 392 pp.
- MÚJICA, Elisa
1985 “Nota crítico-biográfica sobre Eugenio Díaz Castro”, en *Eugenio Díaz Castro. Novelas y cuadros de costumbres*, vol. 1, Procultura, Bogotá, pp. 9-36.
- PABÓN CAICEDO, José Daniel y Germán TORRES
2007 “Impacto socioeconómico de los fenómenos El Niño y La Niña en la Sabana de Bogotá durante el siglo XX”, *Cuadernos de Geografía*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, núm. 16, pp. 81-94.
- PALACIO, Germán
2006 *Fiebre de tierra caliente: una historia ambiental de Colombia, 1850-1930*, Universidad Nacional de Colombia/ILSA, Bogotá, 183 pp.
- PALACIO, Germán (ed.)
2008 *Historia ambiental de Bogotá y la Sabana, 1850-2005*, Universidad Nacional de Colombia/Instituto Amazónico de Investigaciones, Leticia, 345 pp.
- PARDO PARDO, Alberto
1972 *Geografía económica y humana de Colombia*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 562 pp.
- PÉREZ ARBELÁEZ, Enrique
1990 *Plantas útiles de Colombia*, 14a. ed., Editorial Víctor Hugo, Medellín, 831 pp.
- PÉREZ SILVA, Vicente
1996 *La autobiografía en la literatura colombiana*, Imprenta Nacional de Colombia, Bogotá, 760 pp.
- RESTREPO MANRIQUE, Cecilia
2005 *La alimentación en la vida cotidiana del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, 1653-1773*, Universidad del Rosario, Bogotá, 166 pp.
- REYES, Carlos José
1988 “El costumbrismo en Colombia”, en Germán Arciniégas *et al.*, *Manual de literatura colombiana*, vol. 1, Procultura/Planeta, Bogotá, pp. 175-245.

- RODRÍGUEZ ARENAS, Flor María
 2011 “El realismo de medio siglo en *Manuela* (1858) de Eugenio Díaz Castro: revisiones de la historia y de la crítica literarias colombianas”, *Lingüística y literatura*, Universidad de Antioquia, Medellín, vol. 32, núm. 59, pp. 21-46.
- RUEDA VARGAS, Tomás
 1946 *La Sabana de Bogotá*, 5a. ed., Biblioteca Popular de la Cultura Colombiana, Bogotá, 251 pp.
- SCOTT, Drusilla
 1991 *Mary English. A Friend of Bolívar*, The Book Guild, Sussex, 291 pp.
- SOURDIS NÁJERA, Adelaida
 2008 *Ganadería en Colombia: cinco siglos construyendo país*, Fedegan, Bogotá, 381 pp.
- STEUART, John
 1989 *Narración de una expedición a la capital de la Nueva Granada y residencia allí de once meses (Bogotá en 1836-37)*, Academia de Historia de Bogotá/Tercer Mundo Editores, Bogotá, 264 pp.
- VARGAS RÍOS, Orlando
 2013 “Disturbios en los páramos andinos”, en Jimena Cortés Duque y Carlos E. Sarmiento Pinzón (eds.), *Visión socioecossistémica de los páramos y la alta montaña colombiana: memorias del proceso de definición de criterios para la delimitación de páramos*, Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, Bogotá, pp. 39-57.
- VILLAMARÍN, Juan
 1972 *Encomenderos and Indians in the Formation of Colonial Society in the Sabana de Bogotá, Colombia, 1537 to 1740*, Brandeis University, Ann Arbor, 2 vols., 1458 pp.